



**Homilía pronunciada por el Sr. Nuncio Apostólico en Cuba (S.M.I.
Catedral de La Habana, 26 de febrero de 2013)**

BENEDICTO XVI

Fin del Pontificado

Queridos hermanos y hermanas:

Nos hemos reunido esta noche para celebrar la Eucaristía en acción de gracias al Señor por el pontificado del Santo Padre Benedicto XVI. El fue elegido como Sucesor del apóstol San Pedro y Pastor de la Iglesia Universal el 19 de abril del 2005.

El pasado 11 de febrero, él nos ha sorprendido a todos con estas palabras:

“Os he convocado a este Consistorio, no sólo para las tres causas de canonización, sino también para comunicaros una decisión de gran importancia para la vida de la Iglesia. Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino. Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando. Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado. Por esto, siendo muy consciente de la seriedad de este acto, con plena libertad, declaro que renuncio al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, que me fue confiado por medio de los Cardenales el 19 de abril de 2005, de forma que, desde el 28 de febrero de 2013, a las 20.00 horas, la sede de Roma, la sede de San Pedro, quedará vacante y deberá ser convocado, por medio de quien tiene

competencias, el cónclave para la elección del nuevo Sumo Pontífice. Queridísimos hermanos, os doy las gracias de corazón por todo el amor y el trabajo con que habéis llevado junto a mí el peso de mi ministerio, y pido perdón por todos mis defectos. Ahora, confiamos la Iglesia al cuidado de su Sumo Pastor, Nuestro Señor Jesucristo, y suplicamos a María, su Santa Madre, que asista con su materna bondad a los Padres Cardenales al elegir el nuevo Sumo Pontífice. Por lo que a mi respecta, también en el futuro, quisiera servir de todo corazón a la Santa Iglesia de Dios con una vida dedicada a la plegaria”.

Si hemos quedado sorprendidos, y también entristecidos, por la inesperada noticia, al mismo tiempo hemos admirado la profunda humildad y el gran valor del Papa Benedicto XVI. *“Soy un humilde trabajador en la viña del Señor”*: así dijo él, aquella tarde del 19 de abril de 2005, presentándose como nuevo Sumo Pontífice a los miles de feligreses presentes en la Plaza de San Pedro. ¡Humilde trabajador en la viña del Señor! La humildad, efectivamente, junto con un luminoso y valiente magisterio, ha sido la característica de su pontificado.

Queremos dar gracias a Dios por habernos regalado, en estos casi 8 años, a Benedicto XVI y, también, darle gracias a él por su fecundo ministerio petrino.

No es fácil resumir en pocas palabras su magisterio. Sabemos que las enseñanzas de los Papas no hacen más que repetir la confesión del apóstol Pedro: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo”*. Efectivamente ha sido éste el programa de Benedicto XVI: hablarnos de Dios, hablarnos de Jesucristo. Ya en su primera homilía como Papa, el 24 de abril de 2005, nos decía: *“En este momento mi recuerdo vuelve al 22 de octubre de 1978, cuando el Papa Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la Plaza de San Pedro. Todavía, y continuamente, resuenan en mis oídos sus palabras de entonces: “¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!”... ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo –si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él–, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Y todavía el Papa quería decir: ¡No! Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no*

quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida”.

El nos ha dado el testimonio de una vida enteramente entregada a Jesús y a la Iglesia; de una fe indómita y valiente; de humildad en el servicio; de la pasión por la verdad y del empeño por el anuncio del Evangelio; del amor por el hombre y su dignidad; del cuidado por los débiles y los pobres. Nos ha hablado de Dios, nos ha anunciado a Jesucristo. Muy significativa es, como sabemos, su primera Carta Encíclica “Dios es amor”.

Nosotros los Cubanos tenemos esta noche un motivo más para dar gracias a Dios por el pontificado de Benedicto XVI. Hace poco menos de un año, él nos ha visitado como peregrino al Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre. Y en la homilía de la Misa en Santiago de Cuba, la tarde del 26 de marzo, no ha hecho más que hablarnos de Dios. Recordemos sus palabras: *“Queridos hermanos, sé con cuánto esfuerzo, audacia y abnegación trabajan cada día para que, en las circunstancias concretas de su País, y en este tiempo de la historia, la Iglesia refleje cada vez más su verdadero rostro como lugar en el que Dios se acerca y encuentra con los hombres. La Iglesia, cuerpo vivo de Cristo, tiene la misión de prolongar en la tierra la presencia salvífica de Dios, de abrir el mundo a algo más grande que sí mismo, al amor y la luz de Dios. Vale la pena, queridos hermanos, dedicar toda la vida a Cristo, crecer cada día en su amistad y sentirse llamado a anunciar la belleza y bondad de su vida a todos los hombres, nuestros hermanos. Les aliento en su tarea de sembrar el mundo con la Palabra de Dios y de ofrecer a todos el alimento verdadero del cuerpo de Cristo. Cercana ya la Pascua, decidámonos sin miedos ni complejos a seguir a Jesús en su camino hacia la cruz. Aceptemos con paciencia y fe cualquier contrariedad o aflicción, con la convicción de que, en su resurrección, él ha derrotado el poder del mal que todo lo oscurece, y ha hecho amanecer un mundo nuevo, el mundo de Dios, de la luz, de la verdad y la alegría. El Señor no dejará de bendecir con frutos abundantes la generosidad de su entrega”.*

Recordemos también las palabras de la homilía de la Santa Misa en La Habana, la mañana del 28 de marzo: *“En la primera lectura proclamada, los tres jóvenes, perseguidos por el soberano babilonio, prefieren afrontar la muerte abrasados por el fuego antes que traicionar su conciencia y su fe. Ellos encontraron la fuerza de «alabar, glorificar y bendecir a Dios» en la convicción de que el Señor del cosmos y la historia no los abandonaría a la muerte y a la nada. En efecto, Dios nunca abandona a sus hijos, nunca los olvida. Él está por encima de nosotros y es capaz de salvarnos con su poder. Al mismo tiempo, es cercano a su pueblo y, por su Hijo Jesucristo, ha deseado poner su morada entre nosotros”... Queridos amigos, no vacilen en seguir a Jesucristo. En él*

hallamos la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Él nos ayuda a derrotar nuestros egoísmos, a salir de nuestras ambiciones y a vencer lo que nos oprime. El que obra el mal, el que comete pecado, es esclavo del pecado y nunca alcanzará la libertad (cf. Jn 8,34). Sólo renunciando al odio y a nuestro corazón duro y ciego seremos libres, y una vida nueva brotará en nosotros”.

En el aeropuerto internacional “José Martí” de La Habana, la tarde del mismo día 28 de marzo, Su Santidad se despidió de nosotros con estas palabras: *“Vine aquí como testigo de Jesucristo, convencido de que, donde él llega, el desaliento deja paso a la esperanza, la bondad despeja incertidumbres y una fuerza vigorosa abre el horizonte a inusitadas y beneficiosas perspectivas... El camino que Cristo propone a la humanidad, y a cada persona y pueblo en particular, en nada la coarta, antes bien es el factor primero y principal para su auténtico desarrollo. Que la luz del Señor, que ha brillado con fulgor en estos días, no se apague en quienes la han acogido y ayude a todos a estrechar la concordia y a hacer fructificar lo mejor del alma cubana, sus valores más nobles, sobre los que es posible cimentar una sociedad de amplios horizontes, renovada y reconciliada... Concluyo aquí mi peregrinación, pero continuaré rezando fervientemente para que ustedes sigan adelante y Cuba sea la casa de todos y para todos los cubanos, donde convivan la justicia y la libertad, en un clima de serena fraternidad... Cuba, reaviva en ti la fe de tus mayores, saca de ella la fuerza para edificar un porvenir mejor, confía en las promesas del Señor, abre tu corazón a su evangelio para renovar auténticamente la vida personal y social. A la vez que les digo mi emocionado adiós, pido a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre que proteja con su manto a todos los cubanos, los sostenga en medio de las pruebas y les obtenga del Omnipotente la gracia que más anhelan. ¡Hasta siempre, Cuba, tierra embellecida por la presencia materna de María! Que Dios bendiga tus destinos”.*

Por iniciativa de Su Santidad Benedicto XVI estamos celebrando el Año de la Fe. El con su magisterio, como todos los Papas, nos ha confirmado en la fe. La Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la que nosotros somos miembros, ha sido fundada sobre la roca de la profesión de fe del apóstol Pedro para anunciar a Jesucristo hasta los confines de la tierra y hasta el fin del mundo. Apoyados en la promesa de Cristo, nosotros creemos que las puertas del infierno, del mal, nunca prevalecerán contra ella. Por eso, al decirle “Gracias” a Benedicto XVI, junto con él, en comunión con toda la Iglesia, invocaremos en estos días la asistencia del Espíritu Santo para la elección del nuevo Sumo Pontífice.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2013©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original